

dos los indios por los españoles desde el nuevo gobierno de Bobadilla, notando la veneracion en que tenían sus dueños aquel signo, resolvieron destruirlo. Acercáronse muchos á la cruz á cuyo tronco ataron sólidas cuerdas de alóes y bejuco (1), esforzándose en derribarla, sin que pudieran nada contra ella ni su número ni sus fuerzas. La cruz continuó inmóvil desafiando su poder. Humillado su amor propio, intentaron destruirla por medio del fuego. Proveyéronse de hojarasca seca, protegidos por la oscuridad de la noche, rodeáronla de haces inflamables, y cuando los hubieron amontonado á grande altura, les pegaron fuego. El incendio estalló con furia, y muy luégo desapareció la cruz envuelta entre las llamas y el humo. Los idólatras, acompañados de sus sacerdotes, los Bohutis, se retiraron satisfechos; pero al amanecer el día siguiente, vieron la cruz que continuaba entera, perfectamente conservada en medio de humeantes cenizas. Ni siquiera se había alterado su color natural; «sólo en el pié parecía un poco negra, como si le hubiesen arriado una vela encendida (2).»

Sorprendidos y espantados los indios por suceso tan maravilloso huyeron temblando, al considerar que podían haberse atraído la ira de aquel poder misterioso, que debía provenir del cielo. Con todo, el violento despecho de sus Bohutis, les obligó á insistir en su propósito; intentaron cortarla con sus hachas de piedras aguzadas y los cuchillos que se habían procurado en sus cambios con los castellanos; mas encontraron en el leño una resistencia inusitada; observaron que tan pronto como habían quitado un pedazo de él, se llenaba el vacío (3), y les quedaba el mismo trabajo que si no hubieran hecho nada. La furia de su obstinacion cedió ante este nuevo prodigio. Acordándose de que habían sido impotentes no sólo para derribar la cruz, sino para moverla siquiera, y viendo que los cristianos demostraban su veneracion á aquel signo, prosternáronse también desde entónces (4) á su presencia.

Añadiase á estos prodigios otro permanente, visible para todos, cuya evidencia se aumentaba todos los años: el de la perfecta conservacion de aquel leño seco, que, sin estar bañado de alquitran, de ningún barniz, resistía la acción de la humedad y del extremado calor, que en aquel clima producen tan pronto la destruccion. Aquella cruz no tenía ni hendiduras ni se encorbaba, ni era atacada por los insectos.

(1) «Ni jamás la pudieron mover de aquel lugar los Indios aun que la quisieron arrancar tirando della con cuerdas de bejuco mucha cantidad de Indios, etc.»—Oviedo y Valdés, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. v.

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, tom. I, liv. VI, pág. 479.

(3) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, tom. I, liv. VI, pág. 479.

(4) «Y acordándose que aquella allí hincada no eran bastantes tantos hombres á la menear ni quitar de aquel lugar, la miraban con acatamiento y respeto y se humillaban á ella de ay adelante.»—Oviedo y Valdés, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. v.

tos. Al verla, hubiérase dicho que en aquel momento se la acababa de plantar. Cincuenta y ocho años despues de plantada, estaba aún LA VERA CRUZ intacta como el primer día. Otra maravilla sorprendía especialmente á los habitantes del país de la Concepcion, y era el ver en pié, respetada de los huracanes y de las trombas (1), aquella cruz, cuando habían sido arrancados y derribados los árboles cercanos y las casas de los alrededores.

La narracion de estos prodigios, la vista de las milagrosas curaciones atraían junto á LA VERA CRUZ gran concurso de colonos. La invocaban y acudían á ella en peregrinacion. Comprobando muchos el prodigio de la renovacion del leño, quitaban particillas de él por medio de cuchillos: cada día se verificaban nuevas incisiones; sin embargo, la piedad, mucho más que la curiosidad, era la que inspiraba aquellos religiosos hurtos. Colocábanse en relicarios aquellas particillas de LA VERA CRUZ, y se llevaban á otros lugares de la Española, á las colonias del Nuevo Mundo, y hasta á Castilla. «Para autorizar Dios y mostrar que se dignaba aceptar la piedad de los fieles hizo lo que había hecho para confundir la sacrilega empresa de los Indios. En vano fué que cortaran la cruz durante muchos años, pues no disminuyó en nada (2).»

Un milagro tan grande y tan permanente, curaciones tan numerosas, una afluencia tan continua á la Concepcion, aumentaron extraordinariamente la fama de LA VERA CRUZ. Como la debilidad humana se muestra donde quiera que hay hombres, parece que ciertos clérigos, explotando la piedad de los fieles, recibían numerosas ofrendas destinadas á LA VERA CRUZ, pero no las aplicaban segun la intencion de los peregrinos y de los enfermos. Sabedor el emperador Carlos V de ese abuso, mandó al tesorero del obispo de la Concepcion que tuviera el cuidado de que fueran empleadas segun su destino las cantidades dadas á la intencion de LA SANTÍSIMA CRUZ, porque él sabía que no se verificaba de aquel modo. Carlos V, para honrar á su vez también LA SANTÍSIMA CRUZ, mandó el año 1525, sacar durante cuatro años, la cantidad de veinte mil maravedís del importe de las multas ingresadas á utilidad de la Cámara real, para contribuir personalmente á adornar el sitio de LA SANTÍSIMA CRUZ, y apropiarla mejor al respeto y devocion que le eran debidos (3).

(1) «Así por sus miraglos como porque en tanto tiempo como estuvo descubierta, jamás se pudió ni cayó, por ninguna tormenta de agua ni viento.»—Oviedo y Valdés, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. v.

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, tom. I, liv. VI, pág. 480.

(3) «Su majestad mandó que de lo de las penas aplicadas á su cámara, le diese de limosna veinte mil maravedís, en cada años, por cuatro años, para ayuda á que el lugar donde estava la Santísima Cruz, se tuviese con mas decencia y devocion.»—Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década III, lib. VIII, cap. x.

Como los milagros obrados por LA VERA CRUZ se multiplicaban y la hacían cada día más célebre, conmovióse España ante prodigios tan probados. El Emperador escribió acerca de ello al Padre Santo, rogándole que se dignara autorizar la devoción de los fieles á dicha cruz, y conceder algunas indulgencias á los que fueran á ella en peregrinación é hicieran alguna ofrenda (1).

Pero como no se había nombrado para nada á Colon en el escrito imperial; como hablaba solamente de una cruz que se había plantado cerca de la Concepción, el Sumo Pontífice, en su prudencia, no se apresuró á acceder al deseo del Emperador. La Santa Sede y los teólogos en general no conceden gran confianza á los prodigios del *se*. Este poder, que los filósofos alemanes, los racionalistas, confiesan é invocan de tan buena gana, *se*, que alcanzó mucho crédito entre los escritores del siglo décimo octavo, no ha llegado á ser todavía una autoridad para Roma. La Iglesia no reconoce los méritos del *se*, y no cree mucho en los milagros hechos por el plural.

Efectivamente, en la historia del Antiguo Testamento no vemos un solo milagro sin nombre de autor. Así mismo, en la historia primitiva del Apostolado, no hay huella de milagro anónimo. Y hasta, cuando por causas reservadas en los secretos de la Providencia, llega á obrarse el milagro por varios, jamás es cosa oculta el nombre ni la cualidad de los elegidos. Su plural puede siempre descomponerse en singulares distintos, que son: ó los hijos de Aaron, los sacerdotes ó los profetas, ó los apóstoles ó los discípulos, y más adelante santos ó corporaciones religiosas herederas de su espíritu; pero no es el público, la muchedumbre, el *se* quien produce el milagro. Cuando Dios, otorgando gracias á la reunión de los fieles, á los que le ruegan juntos, se digna atender sus ruegos, no confiere por eso un poder milagroso al anónimo. Hace milagros para ellos, pero no por ellos: esto es lo comun.

Á buen seguro que se han visto milagros obrados en tal ó cual capilla ó altar, sin que nadie pudiera certificar su causa, es decir la ocasión personal, y saber los méritos de la persona á quien se debía tal favor. No obstante, habitualmente, se obtiene por uno solo el milagro que aprovecha á varios, y nada tiene el *se* que pretender en él.

Sea de esto lo que fuere, Roma, en su prudencia, esperó mas amplios informes; quizás quería también que el tiempo se encargara de dar prueba de esos prodigios. Pero los nuevos descubrimientos en el Nuevo Mundo, la conquista de Méjico, la del Perú, los rápidos progresos de los portugueses en la América meridional y las

(1) «Supplicó al Papa que para conservar y acrecentar la devoción de fieles cristianos, concediese alguna indulgencia para los que la visitasen y ofreciesen alguna limosna.»—Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década III, lib. VIII, cap. X.

Indias orientales hacían que España descuidara su primera colonia. En los años sucesivos una causa completamente desconocida hizo cesar el prodigio de la renovación del leño de LA VERA CRUZ de la Concepción. Sin embargo, su contacto obraba milagros todavía, y como la piadosa codicia de los peregrinos continuaba quitándole pedazos, disminuía de día en día. Para protegerla contra ese piadoso afán, el obispo de la Concepción la hizo trasladar procesionalmente á su catedral; allí fué colocada en una capilla, en la cual se hallaba aún el año 1535, mientras el archicronógrafo imperial Oviedo y Valdes, gobernador entonces de la ciudadela de Santo Domingo, redactaba en aquella ciudad su tercer libro de la *Historia natural de las Indias*.

Pero, veintinueve años después, el año 1553, un horrible terremoto destruyó casi enteramente la ciudad de la Concepción. Todos los edificios de piedra, excepto uno solo, quedaron derruidos. La catedral, construida de piedra labrada, se desplomó por la violencia de las sacudidas. Sólo una capilla resistió al fenómeno: era aquella donde se conservaba LA VERA CRUZ. Observóse también que no recibió la más leve contusión ninguno de los habitantes que tenían en sus casas ó encima de ellos una partecilla de LA VERA CRUZ, aunque muchos de ellos estuvieron por un momento envueltos en los escombros de sus viviendas (1). Es cosa digna de notarse que los primeros amigos de Colon, del que había plantado aquel signo milagroso, los Franciscanos, se encontraban en su iglesia cuando estalló el azote. Arrojadados al suelo, abrumados bajo el peso de los materiales que les cayeron encima, se levantaron, sin embargo, protegidos por un poder invisible, sin que ninguno de ellos experimentara la más mínima lesión. Cosa fué igualmente notable que la única casa que quedó en pié, después del terrible fenómeno, fué el convento de San Francisco, cuyos religiosos poseían un fragmento de LA VERDADERA CRUZ de la Concepción. Mientras que el Padre Juan Bautista Le Pers tomaba en los mismos lugares las notas que sirvieron al padre Charlevoix para redactar su *Historia de Santo Domingo*, se veía aún solo, alzándose en medio de las ruinas de la ciudad, el convento perdonado.

Después de este desastre, la parte de la población que sobrevivía se desparramó á lo lejos. Los habitantes que tenían más apego al terreno fueron á fundar la villa de la Vega, á dos leguas al sudeste de la Concepción.

¿Qué fué de LA VERA CRUZ después de esta emigración?

Nadie supo decirlo. Aquel horrible trastorno cambió las condiciones de existencia de la comarca. La sede episcopal de la Concepción quedó suprimida y

(1) «En el terremoto de que acabo de hablar, ninguno de los que tenían de ella quedó lastimado, aunque muchos se hallaron debajo de las ruinas de los edificios.»—El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, tom. I, liv. VI, pág. 480.

reunida á Santo Domingo. El desarrollo de las colonias del Darien y de la Castilla de oro, el descubrimiento de las minas de Méjico y del Perú y su importancia, desviaron á otros puntos la atencion del Consejo real de las Indias, y la Española quedó casi abandonada á si misma. Aprovechando los ingleses tanto descuido, atacaron y destruyeron á Santo Domingo (1). Los franceses, por su parte, se habian introducido en algunos puntos de la Isla, sin pedir permiso á nadie. Las relaciones entre la metrópoli y la desgraciada Colonia se habian debilitado tanto que ya no enviaba á ella más que un buque cada tres años! Á tal extremo llegaron los abusos y codicia de las autoridades locales, que el gobernador, de acuerdo con los principales funcionarios, se atrevía á comprar todo el cargamento del buque, ántes que hubiese echado el ancla, para venderlo despues al pormenor á precios exorbitantes. Todo esto sucedía miéntras que los pobres tenian apénas con qué cubrir su desnudez, lo que obligó á decir una misa durante la noche en los pueblos de regular vecindario, á fin de que aquellos infortunados cristianos quedaran abrigados por las tinieblas y no se avergonzaran unos de otros (2).

En medio del desórden y del malestar de semejante situacion, bajo la inminencia de una invasion de los aventureros ingleses, franceses y holandeses que fundaban establecimientos en todas partes segun sus conveniencias á pesar de los colonos, impotentes para oponérseles, las comunicaciones del interior de la isla con la capital se hicieron intermitentes y por fin se interrumpieron. No es muy extraño, pues, que en una comarca arruinada, trastornada y aterrorizada se haya ignorado lo que vino á ser de LA VERDADERA CRUZ, aunque milagrosamente preservada y preservadora, cuando la misma sepultura de Colon estaba completamente olvidada en Santo Domingo.

Para nosotros no tiene nada de sorprendente que las relaciones existentes entre la mision de Colon y la cruz que él habia plantado hayan pasado desapercibidas por los hombres que perdian de vista hasta la relacion existente entre Colon y su Descubrimiento; y que de muy buena fé hablaban de su Descubrimiento, en plural, de la misma manera que hablaban de su cruz milagrosa (3). Bajo la administracion de Ovando ¿quién se hubiera atrevido á recordar el nombre de Cristóbal Colon, á propósito de los milagros de esa cruz? Más adelante, la modestia de su

(1) El inglés Francis Drake arruinó y destruyó gran parte de Santo Domingo el año de 1586.

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*. Año 1606.

(3) El continuador de la *Crónica* de Fernando de Pulgar, el profesor Vallés, Gomara, Mariana, etc., etc., atribuyen el Descubrimiento á un desconocido, á varios anónimos. Hablan de ello en plural, ántes que honrar con ello á Colon (a).

(a) Véase acerca de esto la nota que pusimos en la pág. 19 del tomo 1.º

sucesor don Diego, las dificultades que le suscitaban los odios hereditarios que tuvo que arrostrar, el temor de cooperar á las calumnias de sus vigilantes enemigos, le privaron de mezclar su nombre al rumor de los prodigios atribuidos á la cruz plantada por su padre.

Pero es imposible dudar un solo momento de la realidad de los milagros de LA VERA CRUZ plantada en la Concepcion; porque llevan en si el más alto grado de certeza histórica y alcanzan una evidencia palpable. No sólo refieren los hechos los historiógrafos oficiales, sino que se apoyan en testimonios contemporáneos y documentos auténticos. Las consecuencias de los milagros obrados por la virtud de esa cruz son objeto de una correspondencia administrativa con las autoridades de la Española, y de una comunicacion del Emperador al Jefe de la Iglesia. La fama de esos prodigios pasa el mar, penetra en España, y va propagándose sobre todo en el Nuevo Mundo. Y como ese nombre de VERA CRUZ está lleno de autoridad, impone el respeto y reanima la fé por los milagros que certifica, se le ve implantado de pronto en el Nuevo Continente.

El nombre de la ciudad de *Vera Cruz* no tiene otro origen que el recuerdo de LA VERA CRUZ, honrada en la Concepcion. La supuesta explicacion del nombre de Vera Cruz, dada por algunos historiadores, no resiste el exámen. Dicen que Hernan Cortés llamó así á Villa Rica porque habia desembarcado en aquel punto el Viérnes Santo. Si hubiese querido consagrar el recuerdo del día de su desembarco, habria llamado aquel sitio: AVE CRUX ó bien VEXILLA REGIS; pero no le hubiera dado ese nombre especial de LA VERA CRUZ, espontáneamente otorgado por los habitantes de la Española á la sola cruz de la isla que obró prodigios.

Hernan Cortés ha sido el más hábil y el más afortunado, al mismo tiempo que el más humano y el más religioso de los *Conquistadores*. Es preciso no olvidar que se hallaba en Santo Domingo, cuando Cristóbal Colon desembarcó allí volviendo de su último viaje, y que el jóven Cortés, que, en su cualidad de pariente de Ovando, vivia probablemente en su casa, tuvo, á pesar de su poca edad, ocasion de conocer la piedad del Almirante. Ninguna observacion pasaba desapercibida al genio precoz de Hernan Cortés. Por varios indicios se comprende que buscaba el buen éxito en la imitacion de los grandes hombres, y que quiso tomar á Colon por su modelo. Á ejemplo de Colon, enarboló la cruz en sus buques; á ejemplo de Colon plantaba tambien cruces y proclamaba el nombre de Jesucristo en las regiones descubiertas ó conquistadas. Es indudable que la fama de los milagros de LA VERA CRUZ llamaría su atencion. Sabemos que en Europa é Indias se llevaban como reliquias pedacitos de aquella cruz. Es muy probable que Hernan Cortés habia hecho incrustar uno de aquellos pedacitos venerados en la gran cruz que levantó en el lugar que por esta causa él llamó: LA VERA CRUZ.

Si no pueden negarse los milagros obrados por LA VERA CRUZ, todavia puede